

Qué hacemos con los domingos por la tarde
Autor: Ignacio Peyró
Editorial: Libros del asteroide
144pp 19,90€

Placeres, crisis y gozo de la edad adulta

Periodista, escritor, director del Instituto Cervantes en Roma, Ignacio Peyró recopila en un volumen textos publicados en El País semanal. Artículos sobre la madurez, los placeres, los viajes, la familia. La obra de un observador erudito pero ameno, lúcido y de humorística bonhomía

JOSÉ MARÍA DE LOMA


Ignacio Peyró, Madrid (1980). Daniel Ibanez

Ignacio Peyró es un columnista como de otra época: es culto, elegante, erudito y melancólico. No pide «recado de escribir» en el Gijón, como Ruano, porque vive en Roma, lugar donde también se toma mucho café, del bueno, con más apresuramiento pero con mejor sabor. Peyró además es un guasón serio, un hombre dotado de humor, alguien al que, por citar un verso de Antonio Carvajal, de vez en cuando, sin embargo, «lo distrae la melancolía». Peyró, incluso, escribe bien, atributo que de vez en cuando no viene mal en alguien que se dedica a redactar libros y artículos como estos, que en su mayoría aparecieron en los últimos años en El País Semanal. Este es un libro para tomar a sorbitos o para darse un atracón y luego volver a él como el que vuelve a una fuente llena de arándanos para repetir y repetir.

La bebida o el no beber, la gastronomía, el hedonismo, los viajes, la familia, la paternidad, Roma, los idiomas, el amor, hay muchas reflexiones en este libro, todas fruto de un gran bagaje de lecturas pero también de una finísima capacidad de observación. Son unos «apuntes de la vida adulta», transidos por ese sentimiento de que queda mucho por hacer pero lo hecho, lo vivido, ya constituye un tramo más que amplio y dilatado.

Los textos están llenos de perlas que constituirían aforismos brillantes por sí mismos. Con comparaciones que pueden mezclar la gracia de Chiquito con la hondura de Kant: tal vez esta frase que acaba de leer podría ser de él mismo. Ejemplo: «tan romátinco como una cita en la incineradora de Valdemingómez».

No banalicemos y vayamos al grano: «Los domingos por la tarde se inventaron para leer la prensa y los domingos al mediodía para el esplendor, la gloria y el descorche -¡pop!- de un buen aperitivo», escribe Peyró en el artículo que da título al volumen, artículo que condensa muy bien el 'peyronismo', un cóctel de bonhomía, experiencia personal, gracia, citas atinadas y final redondo. Con ánimo de spoiler, diremos que esta columna, 'Qué hacemos con los domingos por la tarde', se cierra con un épico y sentido, a uno casi se le cae la lágrima, corolario: «Durante años creemos que la alegría está lejos de casa, hasta que el círculo se cierra y sabemos que no hay nada como un domingo en casa de tus padres».

De entre las piezas más logradas y celebradas del volumen figuran un elogio del aperitivo y lo que bien podría ser un manifiesto, para aprender de memoria, sobre el dry martini: «Después de escribir en esta vida sobre el amor, la soledad o la familia, supongo que uno ya se ha ganado el derecho a escribir de lo que más le importa. Hablemos pues del dry martini: ese invento que hubiera aligerado las melancolías de Séneca y dado vidilla a los diálogos de Platón». Es leerlo y entrarte ganas de ir a una barra de las de toda la vida, claro, a beberte uno que «si es grande no es martini, porque estará caliente», claro.

Alternando placeres con la disección de las etapas de la vida, Peyró nos ilustra: «De niño no nos suelen gustar ni los espárragos ni Thomas Mann, pero la vida nos va cambiando (...) visitar una tienda de lámparas nos puede resultar un plan perfecto (...) Si la tiendas es de alfombras, la experiencia puede aspirar al adjetivo de excitante».

Peyró quiere pensar a fondo pero, bendita dicotomía, quiere propiciarse a sí mismo, al mismo tiempo, esos momentos de felicidad en los que la jornada se abra llena de expectativas ante ti y tu única «dicotomía moral» sea tomarte o no con la bebida el platito de aceitunas. No hay afán de pontificar.

Por estos apuntes de la edad adulta, planea un tierno malestar por el paso de la vida, por el cambio que supone. Él aspira a ser cronista del bienestar y malestar de ese trance, rebasar los cuarenta. No en vano nos tiene dicho: « Todas las edades tienen su literatura. La infancia tiene su poesía, la adolescencia tiene su drama, la juventud tiene su épica y la vejez tiene el prestigio de la filosofía. Solo la mediana edad se quedó sin literatura en el reparto». También, disfrazado de cinismo pero dicho por alguien de aguda inteligencia y más bonhomía que eso: «Solo te quiere bien quien quiere hacerte un plan de pensiones». Teniendo en cuenta siempre que a cierta edad, en el banquete de la vida lo que ya van a servirte es el brócoli».

Las piezas del volumen son excepcionales y están agrupadas tematicamente en cuatro grupos, con un total de 144 páginas. Ideal para llevar y traer, con textos que responden a títulos tan sugerentes como Carta de amor a los aeropuertos, Aprenda usted italiano, Quién quiere tener un millón de amigos o Maneras de doblar una servilleta. Y es que, finalmente, a Ignacio Peyró le ocurre lo mismo que a Julio Camba: que en todo ve un artículo. «Dónde otros ven el mar, o una vaca», decía el legendario gallego, «yo veo un artículo, el tema de un artículo». Y eso se tiene o no se tiene. Un talento. No solo para los domingos por la tarde. ■